

jardines, y jugaba con los españoles al *totoloque*, juego de toda su afición.

Tenia este por objeto derribar con pequeñas bolas unos bolillos del mismo metal.

Era el juego que se conoce entre nosotros con el nombre de los *bolos*.

Jugaban joyas, que ganaba el que hacía ántes cinco rayas.

Cuando jugaban Cortés y Moctezuma, repartían el último sus ganancias entre los españoles, y el primero hacía lo propio con sus soldados.

Todas estas ocupaciones del continuo trato con los españoles hacían que Moctezuma sintiese cada día más simpatía hácia sus opresores.

Aprovechábanse ellos de la influencia que ejercían sobre su ánimo, y fray Bartolomé de Olmedo le hablaba sin cesar de los misterios de la religion Cristiana.

Aun cuando Moctezuma escuchaba con verdadero éxtasis las palabras del misionero, era de todo punto imposible apartarle de sus creencias.

Llegando á noticia de Hernan Cortés las medidas que tomaban algunos de los príncipes para vengar la ofensa que habían inferido los españoles á su nacion aprisionando á Moctezuma, aprovechó una ocasion favorable para aumentar el terror que ya inspiraba á los mexicanos.

Qualcopoca llegó con su hijo Zimpazin y algunos otros jefes del ejército que mandaban en Zempoala.

Después de hablar con Moctezuma, los envió éste á Hernan Cortés para que les interrogase y les impusiera el castigo á que se hubieran hecho acreedores.

Este acto debía, en concepto de los mexicanos, llevar la tranquilidad á los españoles y poner término á la difícil situacion del emperador.

Hernan Cortés no desperdició aquella ocasion que se le presentaba para aumentar su influencia y su prestigio.

CAPITULO XLVII.

Amargás reconvenções.



QUALCOPOCA era un hombre de un aspecto formidable.

Acostumbrado á vivir en la intemperie, su piel estaba curtida, y las rayas oscuras con que adornaba su rostro, al mismo tiempo que el plumaje de un rojo vivo de su cimera, aumentaban horror á su fisonomía.

Apénas supo que Moctezuma le mandaba llamar, se apresuró á obedecer la orden del monarca, porque como todos los vasallos, obedecía ciegamente al emperador.

No era solamente el deseo de obedecerle el que le impulsaba á llegar á México con su hijo Zimpazin y algunos de los capitanes de su ejército.

El oficial que habia llevado orden de prenderle le habia referido la resolucion del emperador Moctezuma de ir á vivir con los españoles, para demostrarles su inocencia, y este acto habia indignado á Qualcopoca.

—Una de dos, se habia dicho: ó los españoles son en efecto superiores á nosotros, ó se han valido de algun conjuro para destruir la fortaleza de Moctezuma.

Que no son inmortales los extranjeros, ya lo sé; obedezcamos al emperador, y salvémosle si es preciso.

Antes de llegar á la morada de los españoles, fué conducido Qualcopoca con su hijo y los que le acompañaban al palacio de Moctezuma.

Cacumatzin deseaba verle, porque conocia su energía, y creyó

que con su auxilio podría llevar á cabo su deseo de venganza.

Después de preguntarle todos los pormenores del suceso que había motivado su infame acto:

—¿Vos mismo, dijo á Qualcopoca, habeis muerto á ese español cuya cabeza enviasteis á Moctezuma?

—Sí, dijo Zimpazin: cuatro soldados mexicanos y yo nos apoderamos de él, nos lanzamos sobre el malvado, y clavamos nuestras flechas en su corazón.

El gigante no tardó en caer á nuestros pies, y entonces yo mismo, que necesitaba vengar la honra de mi hermana, separé su cabeza de su cuello, y me convencí de que era una mentira la pretendida inmortalidad de los españoles.

—Pues bien, dijo Cacumatzin; Moctezuma les cree aún inmortales.

Han ejercido sobre él un prestigio inconcebible, y el león se ha convertido en mísero sinsonte.

Pero si Moctezuma ha olvidado sus deberes, si ha perdido su fortaleza, si ha mancillado su honra, si ha creído que debía entregar su imperio y su cetro á los españoles y envolvernos en su ruina, ha creído mal.

Nuestro deber es arrancar de las manos de esos verdugos la corona y el cetro arrojado por el débil monarca, y concitar el odio de todos los mexicanos para destruir á los extranjeros.

Ve ahora, Qualcopoca, á ver á Moctezuma; él te lo ordena, y es tu rey.

Pero si le hallas débil, si su cobardía te impone algún sacrificio, aplaza el cumplimiento de sus órdenes.

Yo parto ahora mismo á sublevar las ciudades vecinas, y muy en breve volveré á arrancar al monarca del lazo que le han tendido esos miserables, y á salvar tu vida si peligras.

Qualcopoca con los suyos fué conducido por los soldados mexicanos á la prision de Moctezuma, y Cacumatzin partió á cumplir la palabra que había empeñado.

Antes de abandonar el palacio real Zimpazin, apartándose del lado de su padre, fué á buscar á Temixpa.

Temixpa, la hija de Moctezuma, correspondía al inmenso amor que le había jurado el hijo de Qualcopoca.

Su padre, que quería enlazarla con algún príncipe, se había opuesto á la union de los dos jóvenes.

Pero Zimpazin era el primer amor de Temixpa, y la joven india había jurado ser suya ó morir.

—Partiré al lado de mi padre, le dijo Zimpazin cuando supo la resolución del emperador.

El ha ganado el alto puesto que ocupa distinguiéndose en las batallas.

Yo me haré digno de su protección luchando como un héroe.

Hasta entonces había cumplido su promesa, y Temixpa esperaba confiada en que algún día podría realizar sus hermosos ensueños de amor.

La entrevista que tuvieron los dos amantes fué en extremo dolorosa.

—Renuncia á tus esperanzas, Temixpa de mi vida, dijo Zimpazin á la joven; tu padre nos ha condenado á la guerra primero, á la más desastrosa ruina después.

Yo no sé la suerte que me está reservada; pero considero que cuando el poderoso monarca se ha sometido á la voluntad de un puñado de aventureros, creo que solo nos espera la muerte.

—Eso no puede ser, exclamó Temixpa, sintiendo que sus ojos se inundaban de copiosas lágrimas.

El dios de los amores me ha prometido una inefable felicidad uniéndome á tí, y si tú murieras, yo tendría que arrojarme también en los brazos de la muerte.

—Ahora, prosiguió el joven guerrero, vamos á recibir las órdenes de Moctezuma.

Los extranjeros le pedirán nuestro castigo, y después de haber visto mi padre y yo profanada á la hermosa Alahababa, ten-

dremos que ir á verla á la eternidad; porque los mexicanos, al ver acobardado á su rey, no tendrán valor suficiente para seguirle y vengar los ultrajes que nos han inferido los extranjeros.

—Días de llanto y de luto han venido á traer á nuestro suelo, dijo Temixpa.

—Por más que quiero abrir mi corazón á la esperanza, por más que la ilusión de tu amor me sonría, la sombra de la muerte es el único horizonte que ven mis ojos.

—Tranquilízate, Zimpazin; Tezcalepuzca se apiadará de nosotros.

Zimpazin no quiso prolongar aquella escena, y volviendo al encuentro de su padre, partió con él y con los que le acompañaban al cuartel de los españoles.

Mirando con arrogancia á los centinelas, llegaron los prisioneros á la presencia del emperador Moctezuma.

—Aquí nos tienes, exclamó Qualcopoca: hemos obedecido tus órdenes, y estamos dispuestos á escuchar tu voluntad.

Moctezuma que admiraba el valor de su soldado, y que sentía hácia él profunda gratitud, porque habia contribuido á someter á su dominación las tribus conquistadas, y además habia extendido sus conquistas:

—Mucho siento, exclamó, haberme visto precisado á llamarte á mi presencia.

—Mayor es mi pesadumbre, exclamó el guerrero, porque creía hallar un poderoso soberano sentado en su trono y respirando el aire de la libertad, y le halló prisionero.

—Prisionero no, exclamó Moctezuma; nadie en el mundo puede dominar mi voluntad.

He venido aquí, por que he ofrecido amistad á los españoles; tengo motivo para considerarles como enviados de un poderoso rey, descendiente del gran Quezalcoal, y he querido mostrarles de este modo, con esta sumisión, que he sido completamente ajeno al atentado que has cometido en Zempoala.

—¡Atentado! dijo Qualcopoca. ¡Ah! ¿No te ha dicho mi hijo los poderosos motivos que he tenido para luchar con los extranjeros, para cortar la cabeza del miserable que ha mancillado mi honra?

—Todo lo comprendo, dijo Moctezuma, pero dí, ¿no son sagrados los españoles?

—Para mí no.

Desde el primer momento en que pisaron nuestro suelo, he creído que si los enviaba el gran Quetzalcoal, no era para nuestro bien, sino para nuestro castigo.

He visto peligrar la independencia de nuestra patria, y he pedido mil veces á nuestros dioses que si tal infamia he de ver, me arrebaten la vida.

Poco me importa exhalar el último suspiro; ántes que ser prisionero quiero la libertad de la muerte.

—Y sin embargo, no tengo más remedio que protestar contra la conducta que has observado en Zempoala.

Los españoles son amigos míos; se hallan bajo mi protección tú los has ultrajado, exigen un castigo; y aunque me pese, aunque tenga que devorar las lágrimas que se agolpan á mis ojos, aunque vea en el suplicio á uno de mis más valientes guerreros, mi palabra de rey y el porvenir de la patria me exigen estos sacrificios.

—¿Es decir, exclamó indignado Qualcopoca, que me has enviado á llamar para entregarme á mis verdugos?

¿Qué has hecho, Moctezuma?

Yo te desconozco: no eres aquel poderoso monarca que admiran todos por su bravura; tú no eres aquel guerrero que al frente de su ejército sembraba de luto y de desolación á los enemigos; no eres, en fin, el poderoso rey que hasta hace poco habia convertido á México en el imperio más grande del mundo.

—¿Cómo te atreves á hablarme de ese modo? dijo Moctezuma. ¿Acaso esta humildad que ves en mí no es la mayor prueba de mi grandeza?

—Pues qué, ¿dudas un solo instante de que si no quisiera conservar la amistad con los extranjeros no hubiera tenido fuerza bastante para reunir un poderoso ejército, para ponerme al frente de él y no dejar ni rastro siquiera de ellos?

—¿No te dice esta mansedumbre, no te dice esta reclusion voluntaria, que quiero dar al mundo pruebas de abnegación?

—¿Y acaso la abnegación no es la virtud más grande de los poderosos de la tierra?

—El pueblo, Moctezuma, empieza á dudar de tí, dijo Qualcopoca.

—¡Ah! exclamó el monarca. No me conoces entónces.

—Así será; pero tus generales están profundamente indignados.

El pueblo murmura, el pueblo se hubiera levantado para salvarte si no le hubieras impuesto silencio; y esto, creelo, no puede continuar así.

Los extranjeros han conseguido un triunfo sobre tí, que ha aumentado su prestigio á los ojos de los mexicanos.

Los extranjeros han ganado mucho terreno en poco tiempo; y la prueba de ello, es que al dejar huérfano el trono, han sumido en el desaliento á los que de otro modo, con una sola palabra tuya, los hubieran destruido en un instante.

—De cualquier modo, repuso Moctezuma, como no he intervenido en tus actos, quiero que pese sobre tí la responsabilidad de ellos. Has delinquido, y te entrego á tus jueces.

—¿Olvidas, añadió Qualcopoca, el prestigio que he conquistado con mi valor?

—¿Crees por ventura que los extranjeros, al tenerme en su poder, no querrán castigarme con la muerte?

Si tal sucede ¿crees que podríais detener el impulso de los mexicanos al querer vengar á uno de sus soldados más valientes?

—¿Crees que he de ver yo con calma sucumbir á mi hijo?

—¡Ah! Estás en un error.

Los hombres de mi temple no se les sacrifica como á las víctimas propiciatorias en los templos.

—¡Ay de tí si llegara el horrible caso de que dictaras mi sentencia de muerte!

Moctezuma no contestó á aquella provocación.

—Soy vuestro rey, dijo despues de una breve pausa; por lo tanto, me debeis una ciega obediencia, y os mando que vayais ahora mismo á someteros al fallo de los jueces que mi voluntad os ha impuesto.

—Está bien, dijo con despecho Qualcopoca.

Y dirigiéndose al capitán que en nombre del emperador les habia conducido hasta allí:

—Llevadnos, dijo, á la presencia del jefe de los españoles.

El capitán miró á Moctezuma como para pedirle órdenes.

A una señal del emperador salieron todos de su estancia.

Qualcopoca le miró con desprecio.

CAPITULO XLVIII.

Jueces y reos.



HERNAN Cortés aguardaba á los prisioneros rodeado de sus capitanes.

Hallábanse todos sentados delante de una mesa, como los jueces en el tribunal.

Dos centinelas guardaban la puerta.

Una compañía de arcabuceros formaba dos filas, á través de las cuales pasaron Qualcopoca y sus cómplices.

Después de las palabras que acababa de oír á Moctezuma, y en presencia del aparato de fuerza que desplegaron á sus ojos los españoles, sintió que se amenguaron un tanto sus bríos.

Hernan Cortés mandó salir de la estancia á los soldados del emperador que habian acompañado á los prisioneros, y dispuso que se cerraran las puertas.

Estas precauciones llevaron la alarma á su corazón.

Qualcopoca procuró reponerse, y por medio de Aguilar, que servia de intérprete en aquella ocasion, sostuvo con Hernan Cortés este diálogo:

—Moctezuma, nuestro señor, le dijo, nos envia á tu presencia para que nos juzgues.

Aquí estamos, pregunta y te responderemos.

—Solo en exceso de bondad, contestó Hernan Cortés, me ha movido á escuchar vuestros descargos ántes de dictar la sentencia que merece vuestra conducta.

Pero no quiero aparecer como tirano á los ojos de nadie, y por eso he dispuesto oír vuestra defensa.

—¿Es cierto que habeis provocado á los españoles que se hallan en Zempoala?

—No los hemos provocado; han venido á buscarnos, á desafiar nuestra ira; han hecho armas contra nosotros por defender á los zempoales.

Los soldados de Moctezuma no consienten injurias de ningún género; nos han llamado al combate, y hemos acudido á él.

—¿Ignorabais que debian ser sagrados para vosotros los españoles?

—Tambien nosotros para ellos.

—Yo estoy seguro de que no os han provocado.

Y sin embargo, vosotros valiéndoos de mi ausencia, habeis tendido un lazo á uno de mis soldados.

No bastando uno solo para luchar cuerpo á cuerpo con él, os habeis reunido muchos, y solo de este modo habeis podido asesinarle, presentando después al emperador Moctezuma la cabeza que habiais separado de un cuerpo inerte.

—¿Y tú ignoras, se atrevió á decir Zimpazin, faltando hasta al respeto y consideracion que merecia á su padre; tú ignoras que el miserable á quien matamos habia mancillado nuestra honra, habia encontrado en nuestro hogar á mi hermana, y después de profanarla, la habia arrojado en los brazos de la muerte?

Si eso hubiera hecho contigo, ¿no hubieras quitado mil veces la vida al infame autor de tan menguado delito?

—¿Y quién me asegura á mí que es cierta esa patraña?

—La indignacion que rebosa en nuestros pechos.

Créelo. Si mil veces nos hubiéramos hallado en el mismo caso, mil veces hubiéramos quitado la vida al miserable.

—Bien está; vos mismo confesais vuestro delito y yo no puedo ménos de daros el castigo que merecis.

—¿Sabeis cuál es ese castigo? añadió el jefe de los españoles, que necesitaba para salvar su empresa llevar la crueldad hasta el último límite. ¿Sabeis cuál es la pena á que os condeno? Pues vais á oirlo.

Estais en mi poder; instantáneamente voy á sujetaros con grillos para que no podais moveros; despues os condenaré á muerte; pero no á una muerte honrosa, que no la mereceis.

En la gran plaza de Tlatelulco encenderé una hoguera y se-
reis arrojados á ella para que perezcais entre las llamas.

Al oir estas palabras retrocedieron los reos.

Qualcopoca comprendió que la fuerza seria inútil en aquella ocasion, y recordando las promesas que le habia hecho Cacumatzin, intentó ganar tiempo.

Imponiendo silencio á los que le acompañaban, se adelantó á Hernan Cortés:

—¿Estás resuelto á darnos esa muerte? le dijo.

—Sí.

—No nos amedrenta; preferimos la muerte á la deshonra.

Pero si hemos de morir nosotros, si hemos cometido una culpa y nos condenas á sufrir el cruel castigo, justo es que todos los culpables participen de él.

—¿Y acaso no sois vosotros los únicos delincuentes?

—No.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que yo no he hecho más que cumplir las órdenes del emperador Moctezuma.

—Mientes.

—Puedo jurarlo: él es, si hay crimen, el verdadero criminal.

¿No aseguras que tú eres enviado de un poderoso rey?

Pues bien, si ejecutas sus órdenes, ¿no cumplirás con tu deber?

Responded todos, añadió, dirigiéndose á los que le acompañaban, ¿no es verdad que no hemos hecho más que cumplir las órdenes que hemos recibido?

—Sí, sí, dijeron, comprendiendo el objeto de sus palabras.

—Así será, añadió Hernan Cortés; pero eso no os salva del castigo que os he impuesto.

A una señal de Hernan Cortés se abrieron las puertas y penetraron ocho soldados provistos de cadenas.

Sujetaron con ellas los piés y las manos de los reos.

Los condujeron á una habitacion.

—De aquí saldreis para el patíbulo, les dijo el caudillo de los españoles.

Qualcopoca, descubriendo entre los soldados á un indio, le pidió que avisase á Cacumatzin lo que pasaba para que acudiese en su socorro.

Hernan Cortés volvió adonde aguardaban los capitanes.

—Es necesario, les dijo, que tenga lugar muy pronto la ejecucion de esos miserables, porque solo de esa manera impondremos respeto á los mexicanos.

—¿No pensais, dijo Velazquez de Leon, que el sacrificio de esos hombres irrite á sus compatriotas y tomen una actitud hostil?

—Tal vez el mismo Moctezuma, añadió Orgaz, al saber el castigo de uno de sus más valientes generales, rompa la alianza que tiene establecida con nosotros, y llame en su socorro á su pueblo.

—Todo está prevenido, dijo Hernan Cortés. Moctezuma, que ha sido hasta ahora nuestro compañero de casa, será en adelante nuestro prisionero.

Y llamando á una de sus pajes:

—¿Están ya concluidos los grillos? le preguntó.

El paje volvió á poco con unos grillos de oro.

—¿A quién destinais eso? preguntaron los capitanes á Hernan Cortés.

—Al emperador de México.

Con el oro que nos ha dado he mandado fabricar estos grillos.

—Seguidme todos, y vereis al poderoso monarca de este imperio convertido en nuestro prisionero.

Mandó llamar á Marina, y presentándose con ella, con los capitanes y algunos soldados en la estancia donde se hallaba Moctezuma:

—He condenado á muerte, le dijo, á Qualecopoca y á sus compañeros, porque han confesado su delito.

—Sois su juez; yo acato vuestra resolución.

—No basta eso, dijo Hernan Cortés. Esos miserables han asegurado que no han hecho más que cumplir vuestras órdenes.

Esta confesion, cuando se hallan próximos á morir, tiene grandes visos de verdad.

Por lo ménos, mis soldados, mis capitanes, creen que sois su cómplice.

—No es cierto.

—Así lo creo.

Pero yo necesito satisfacerles.

Los indios os hacen aparecer culpable; menester es que soportéis el castigo que os corresponde como tal.

—¡Castigo, castigo yo! exclamó asombrado Moctezuma.

—No hay remedio; los reyes, aunque no están obligados á sufrir del mismo modo que sus vasallos, tienen que obedecer una ley superior, que es la ley de la justicia.

Desde este instante sois nuestro prisionero, y en señal de ello voy á ponerlos con el decoro debido los grillos, que debéis tener algunos dias para tranquilizar á mis soldados.

Aprovechándose del asombro que aquel atrevimiento produjo en el emperador, el caudillo de los españoles mandó poner los grillos á Moctezuma.

La voz se ahogaba en los labios del emperador.

Vaciló algunos instantes entre la ira y la resignacion.

—Los dioses lo quieren. . . . dijo al fin el infortunado emperador.

—¿No es bastante este sacrificio? añadió elevado los ojos al cielo.

Hernan Cortés y los capitanes, no ménos asombrados Moctezuma, le dejaron abandonado á su dolor.

El imperio de México estaba ya herido de muerte.